

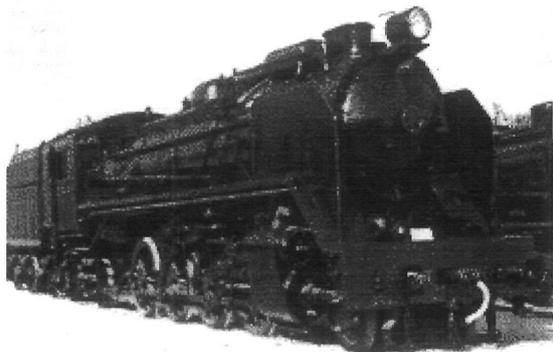
FENOMENOLOGÍA

LA ESTACION

JOSÉ ANTONIO PAYÁ BELTRÁN

III Premio «Vida y Salud»

Relato ganador. Categoría absoluta.



SE LEVANTÓ UN LIGERO REMOLINO DE POLVO Y SEQUEDAD. El hombre cerró los ojos y agachó la cabeza cubriéndose el rostro. Sintió el viento azotar su cuerpo: el pantalón y la chaqueta, el cabello que le arañó la frente; el maletín negro que reposaba a sus pies y que se tambaleó ligeramente. No le importaba soportar aquello mil veces más.

Abrió los ojos y levantó la mirada: el paisaje - yermo, pobre, muerto- volvió a existir. Contempló, a lo lejos, el loco movimiento del remolino: una multitud de hojas secas, de piedrecitas apenas visibles, hojas de periódicos, sonidos de latas. Un par de golondrinas levantaron el vuelo desde un árbol cercano, también seco. Percibió el leve movimiento de algún reptil tras unos matorrales. Varios abrojos se balancearon.

El viento había depositado sobre su traje oscuro e inmaculado una pequeña capa de polvo blanquecino. Sacó un pañuelo que no había utilizado desde hacía algún tiempo y se entretuvo limpiando la maleta, las perneras de su pantalón, los zapatos. Todo ello con pequeños azotes. No le importaría soportar aquello mil veces más.

Todo será más fácil cuando suba al tren (piensa). Sonreirá al revisor, hablará con su compañero de viaje. Todo será sencillo cuando, por fin, pueda coger aquel tren. Ya no le importará el incómodo viento que continuamente le llena de polvo, el juego y las carreras de las barrillas, los ladridos del perro que no cesa de molestarle y al que no puede regañar o ahuyentar con piedras y bruscos ademanes porque no sabe donde está. Todo estará al otro lado de los cristales cuando él esté sentado en su asiento, fumando un cigarrillo, sonriendo a la guapa joven del 37P. Divirtiéndose, como siempre, al contemplar el correr de aquellas dos niñas que debían de ser hermanas y que continuamente iban y venían de un lado a otro, una y otra vez, uno y otro día. «¿Buscáis a vuestra madre?», les preguntó en cierta ocasión. Pero las niñas se limitaron a mirarse y a reírse con aquella complicidad infantil que tanto le embelesaba.

Aquel viaje se repite cada día durante los siete días de cada semana, durante las cuatro o cinco semanas de cada mes. Y siempre la joven señorita del 37P (con la que apenas habla y a la que apenas mira para que ella no crea que a él le parece atractiva), y siempre las niñas, arriba y abajo, con sus risas y sus carreras.

El hombre se revuelve en el duro banco. Sigue esperando, ¿cuánto tiempo ya?. No lo recuerda, aunque sí recuerda que su familia estará aguardando en casa, con la cena lista, las niñas recién lavadas, peinadas; su mujer se habrá maquillado levemente el rostro, de ese modo tan natural con que suele hacerlo siempre que él regresa del trabajo y ella le espera con un beso, con un abrazo, con una visita en el lóbulo de la oreja.

El hombre pensó en sus dos vidas: la del tren, anónima, silenciosa, una existencia de miradas y sonrisas de protocolo; la de su casa, familiar, conocida, agradable, sonora.

Se levantó. Quería estirar las piernas que ya estaban entumecidas. Comenzó a pasear de un lado a otro del andén, mirando en todas las direcciones.

Nunca recordaba por donde llegaba el tren y... ¿cuántas veces lo había tomado ya?. De repente sintió ganas de fumar (era la impaciencia de la espera) y quiso encenderse un cigarrillo pero se había quedado sin tabaco. No podía pedirle a nadie porque no había nadie más en la estación. El hombre que vendía los billetes se había ido poco tiempo después de vendérselo a él.

Una ráfaga de viento levantó una polvareda que rápidamente pasó junto al apeadero.

El hombre golpea la pernera de los pantalones y luego limpia con el pañuelo el maletín. Es siempre lo mismo. Pronto anochecerá y, entonces, cuando oiga el silbato del tren, sabrá que está de nuevo en casa.

-¿**NOS VAMOS YA?** -PREGUNTA SU ESPOSA.

El hombre la mira con ojos vidriosos. Sabe, a pesar del vapor del vino, que aquella pregunta no espera una respuesta negativa.

-¿Y las niñas? -ahora es él quien pregunta, con dificultad porque la bebida apenas le deja articular más de dos palabras.

La mujer desaparece y él se queda solo en medio de la habitación: rodeado de sillas desordenadas, de una mesa con restos de comida, de familiares que no paran de reírse y de hablar; solo en medio de la noche; bajo la mano de su cuñado que no cesa de golpearle la espalda y que le dice cosas que él no sólo no entiende sino que ni siquiera puede oír.

-Ya estamos aquí -es la mujer, y las dos niñas que no quieren irse todavía, que insisten a regañadientes en quedarse junto a los primos, entre los cuentos y las mentiras de la abuela, jugando con las figuras multicolores del belén- ¿Nos vamos?.

El hombre se encamina hacia la salida.

-¿Te has despedido de tus padres? -le pregunta ella.

Pero él no contesta y, tambaleándose, abandona el comedor.

-¿**Y DICE USTED QUE UN SEÑOR LE VENDIÓ EL BILLETE?**

El hombre asiente aunque ya comienza a estar asustado.

-Créame si le digo que no entiendo nada. -Es un viejo campesino con la cara surcada por los años y el trabajo. De nuevo se levanta el viento y el viejo sujeta su sombrero de paja, medio roído, con sus manazas sucias y agrietadas.

-El último tren que pasó por esta estación fue hace cinco años.

-Pues yo le digo a usted que un señor me vendió el billete. Era gordo y con bigote, creo... aunque la verdad es que no pude verlo muy bien porque el cristal de la ventanilla estaba sucio. -El hombre hablaba con la cabeza agachada y la mano sobre los ojos. Había oído la voz del viejo mezclada con el viento- Tengo el billete aquí. -Estaba visiblemente asustado.

El hombre busca el billete en el bolsillo de la chaqueta donde sabe que lo dejó. Pero cuando levanta la vista el viento ya ha cesado y el campesino ha desaparecido. Ahora el billete es un montón de polvo que se desliza por entre sus dedos como la arena efímera de un reloj. Asustado se incorpora del banco roto, cojo. Un ladrido lejano le invita -sin saber porqué- a alejarse un poco de la estación para poder observarla con más detenimiento. Todavía tiene unos granos de arena en su mano que aprieta con fuerza y miedo al contemplar el desolado paisaje: la madera carcomida del suelo del apeadero, las paredes agujereadas, el vigamen desnudo, la ausencia de cristales, los marcos de las ventanas cubiertos de yerba, las ortigas que imponen su reino de ruina y podredumbre.

(Quiere hablar con la señorita del asiento 37P, pero rehúsa porque sabe que ella nunca le contestará. Las dos niñas vuelven a pasar cada vez con más velocidad, con profundos síntomas de preocupación. «¿Buscáis a vuestra madre, pequeñas?», pregunta él porque no sabe qué decir; y entonces las niñas le miran, arrugan la frente y se ponen a llorar. Él sigue oyendo sus sollozos aunque las niñas están cada vez más lejos, casi a punto de pasar al otro vagón).

Corre hacia la maleta y la agarra con fuerza. Ella sí es real, es suya, con ella ha viajado cada día desde esa estación hasta su casa, donde le espera su esposa y sus hijas, reales, acogedoras en sus abrazos.

ABRIÓ LOS OJOS Y ESCUCHÓ LOS PASOS EN EL PASILLO QUE progresivamente se acercaban. Era la realidad. Despertó abrazándose a sí mismo. Respiró con dificultad y suspiró al darse cuenta de que estaba sollozando silenciosamente. Afuera, detrás de la puerta que nunca cerraba porque los médicos habían mandado quitar el pestillo - desde aquel día en que intentó colgarse de la cortina y lo bajaron medio ahogado-, afuera estaba la realidad que ahora lo invadía.

La noche era una ventana y la silueta recortada de una vieja estación... siempre lejos. Cerró los ojos en un último intento por volver a la estación: no tardaría en llegar el tren y él debía cogerlo. Pero al abrirlos no había vuelto a la estación.

Miró por la ventana (no se resistía a perder, como cada noche, como siempre), quería contemplar por última vez la estación. Una nube había cubierto la luna y ahora la noche ya no era nada.

La puerta se abrió y súbitamente la claridad de la luz vino a cegar lo todo.

-Venga, señor. -Era una voz autoritaria pero intencionadamente dulce- Es la hora de dormir...

El hombre cerró los ojos un instante. Tampoco aquella noche cogería el tren: su familia seguiría aguardándolo, la cena -ya fría- se iría directamente al cubo de la basura; las niñas esperarían unos minutos y luego su madre las llevaría a dormir. Tampoco esta noche cogería el tren.

-Deje ya la ventana... -Oía la voz a su espalda y sabía que muy pronto unas manos fuertes le levantarían de la mecedora- ¿Qué no me ha oído?.

La mecedora se tambaleó de un lado a otro.

ASÍ SE HABÍA TAMBALEADO EL COCHE AQUELLA NOCHE. Cuando su mujer le dijo que no condujera. Las niñas dormían en el asiento trasero, apoyadas una contra otra. Fue un ruido ensordecedor, unas luces cegadoras... y luego la noche cubrió aquellas vidas. A las niñas no pudo verlas porque alguien las había cubierto con una manta oscura. Su mujer murió encima de él, junto a sus vómitos de borracho, gritando como una loca a la que él casi no veía, como tampoco había visto aquella curva a la derecha, ni la nieve helada y blanca que lo cubría todo.

FUE CONducido HASTA LA CAMA, MIENTRAS UNA ambulancia se llevaba a su familia alguien le preguntaba si se encontraba bien. Estaba mareado como todas las noches. Lloró durante no recuerda cuanto tiempo: en el hospital, en el funeral, en la consulta, en la ambulancia... todas las noches en su cuarto. Por fin el asistente se fue. Cerró los ojos intentando dormir (todas las noches el mismo sueño, todas las madrugadas la misma acidez trizando sus entrañas). Miró hacia la ventana: afuera estaba su estación, su tren, su sueño; ¿cuánto tiempo duraría aquello?. Y entonces sonó el silbato. Justo en el preciso instante en que las luces se apagaron y la noche, como un amante, vino a calentar su lecho. Afuera, el tren había sido tan puntual como siempre, como todos los días desde hacía más de cinco años.

